



El enigma de la esfinge. *Texto y dibujo de Luis Ruiz Padrón*

Edipo, en pie frente a la esfinge en Tebas, es interpelado por ésta: «¿Cuál es el ser vivo que camina a cuatro patas al alba, con dos al mediodía y con tres al atardecer?» Ya sabemos que Edipo interpretó correctamente que la respuesta era el hombre, pero también intuimos que esa pregunta oculta otros misterios más insondables relacionados con el paso del tiempo.

En las afueras de Málaga existe una vieja mansión arruinada que se erige en una desolada y ventosa colina desprovista de toda vegetación; hubo un tiempo que en su interior otras personas cantaron, rieron, lloraron, se amaron, se odiaron. Con la excepción de la calavera de Yorick, ninguna otra imagen nos ilustra con mayor elocuencia lo fugaz de nuestra existencia que esos viejos muros calcinados por el sol, a través de cuyas ventanas desnudas hace mucho que se dispó la calidez familiar que un día lejano albergaron. Los lares ya no habitan allí.

La potencia evocadora del lugar ejerce como un imán para fotógrafos, pintores y espiritistas. Yo tampoco pude resistir su atracción y allí acudí con cuaderno y acuarelas. Mientras dibujaba la ruina en completa soledad, la esfinge, transmutada en caserón hopperiano, me habló. Con voz suave, me recitó una cuarteta de Jarryám:

*El incierto mañana nunca nos pertenece.
Goza del hoy. Y bebe a la luz de la luna,
de esa luna que en vano, milenio tras milenio,
nos buscará fielmente para darnos su brillo.*